

José Manuel Barandiarán*

Evangelizado al evangelizar

¿Puede un sacerdote ser evangelizado por la gente sencilla a quien ha querido evangelizar? Véanlo.

Soy sacerdote. Llevo 28 años viviendo y trabajando en parroquias de barrio, 13 años en Maracaibo, 15 en San Félix, tratando de ayudar, servir, a los creyentes y no creyentes.

He intentado ser seguidor de Jesús en ese convivir con la gente. Que mi vida sea anunciadora de la verdad de Jesús, de la verdad del Padre, tal como yo mismo la he ido descubriendo al correr de los años. Y no sólo en las celebraciones de la Iglesia, sacramentos, rezos, o en la animación de las comunidades de base, grupos de catequistas y otros grupos eclesiales; sino también mientras participaba de toda la vida de los vecinos, luchas con la Cooperativa o la Asociación de Vecinos, celebraciones culturales, fiestas familiares, y muchas veces llorando con los que sufren, sobre todo cuando lloran a un ser querido difunto.

En esta vida ¿cómo he sido evangelizado? Al planteármelo, lo primero que viene a mi mente es el recuerdo de amistades profundas en Maracaibo, de hace 10, 20, 25 años. Estas y las más recientes de San Félix, ¡cuánto me han enseñado a amar! y cuánta felicidad me proporcionan.

Otra realidad que he ido descubriendo, y va penetrando hondamente en mí, es la expresada por Jesús así: «Yo te bendigo, Padre, porque has ocultado estas cosas a los sabios e inteligentes y se las has mostrado a los pequeñitos».

Apunto unos hechos que me han iluminado y ayudado a profundizar en la comprensión de esa feliz realidad: «Dios, nuestro Padre bueno».

En el asalto a una fiesta de gente rica de Puerto Ordaz, murió uno de los asaltantes; era un joven de nuestro barrio. La mamá comentó a unos vecinos de la comunidad cristiana que le consolaban: «Yo sé que mi hijo hacía cosas malas, pero él no era malo».

Por primera vez me planteé que Dios nos ama no sólo por su infinita misericordia, sino porque su inmenso amor le hace ver las bondades de nuestras personas pecadoras. Soy un convencido de que, si el amor ciega a veces, el amor profundo

permite descubrir más lo bueno y la belleza del ser humano.

La Sra. Inés nos contaba de su vida en Sucre: «Eramos muy pobres. Algunos días no tenía nada para cocinar un almuerzo. Pero igual montaba yo la olla con agua». «Pero mamá, le decían los hijos, si no tiene nada, ¿qué va a cocinar?». «Esperanza, esperanza» respondía.

La Sra. Inés asegura que siempre Dios le deparó algo. Alguien llegaba con una verdurita o con un pescadito. Nunca quedó en la olla la pura agua. «Bueno, comentaba también con picardía, en parte lo hacía porque me daba pena que llegara una vecina y no viera una olla a esa hora».

La misma Sra. Inés, ya en San Félix, una madrugada sufrió una caída y se fracturó la cabeza del fémur. Al mediodía la visité en el hospital. Vi su cara de dolor y le pregunté: «¿Te duele mucho?». «Sí, padre, pero más sufrió Jesús por nosotros», fue su respuesta. En el dolor se mantenía serena. Me pidió la comunión para ser fuerte.

Soy gritón. Con mis gritos no es raro que humille, haga sufrir. Pero Dios me ha dado sensibilidad y fuerza para pedir perdón. Sé un poco de lo que cuesta perdonar y pedir perdón. Sin embargo hace poco me sentí pequeñito ante la gorda Nereisi.

Nereisi es mamá de dos varones y tres hembras. La bordona tiene 13 años, bonita, esbelta. Enamorada de un vecino de 21 años, se fue de casa y pasó con él un par de días. «¡Qué disgusto nos dio la consentida!», lloraba Nereisi.

Acudió el matrimonio a la PTJ. Ella entró a presentar la denuncia; el marido esperó en la camioneta. Le pidieron la cédula y, después de oírla, el comisario quiso advertirle de las posibles consecuencias. «Siendo menor, es delito de seducción aunque ella haya consentido. Inmediatamente será detenido y le vendrán varios años de cárcel».

Nereisi se quedó un instante pensativa. Como un chispazo, dice, le vinieron a la mente las palabras de Jesús: «Con la medida que midiereis seréis medidos... tuve hambre y me diste de comer... estaba en la cárcel...». «¡Devuélvame la cédula», dijo el comisario, «voy a pensarlo». Y regresó a la camioneta.



- ¿Qué?, preguntó el marido, ¿has puesto la denuncia?

- ¡No!, no me lo permiten mis creencias.

- Pero mujer, ¿estás loca?

- ¿Es que tú no crees?, grito Nereisi molesta.

- ¡Sí creo, pero también creo otras cosas!, gritó más enfurecido el marido.

En silencio regresaron a casa. Ya calmados, le pidió que le explicase eso de sus creencias. Ella le explicó. Disgustado, la aceptó. Luego fueron a entenderse con el muchacho. Conversaron. Al separarse le dijo el papá de la bordona: «Da gracias a Dios por las creencias de esta señora, que si no, te venían varios años de cárcel».

La impresión que sentí al oír a Nereisi me duró varias horas. La gorda Nereisi, tan despelotada, a veces... que cumple y no cumple... que en ocasiones nos desespera... ¡Qué grande eres, Nereisi!

En una reunión de animadores de comunidades surgió esta pregunta: ¿En qué puede ser Dios modelo para nosotros? Inmediatamente Elena respondió: «en la fe». Impulsivo le interrumpí: «Pero, mujer, cómo dices eso!. ¡Dios no tiene fe!. Insistió: «Sí, padre, El cree más en los hombres que nosotros mismos». Nunca había pensado en eso. Dios confía mucho en nosotros. Qué buena lección para nuestras desconfiadas.

Reunión de comunidad cristiana en un barrio. Se leyó aquello de San Pablo: «Dios ha elegido a la gente común y despreciada, ha elegido lo que no es nada para rebajar a lo que es».

Para recalcar la idea, describí, un poco aparatadamente, toda mi formación: noviciado, estudios clásicos, filosofía, teología y ciencias químicas. Total 18 años, y lancé la pregunta: ¿Quién está en mejores condiciones para entender a Dios, ustedes o yo? Al unísono responden tres de ellas: «nosotras!». Me pasmé. Habían entendido a San Pablo y, lo que es mejor, habían creído. La cuarta pensaba igual, pero le daba pena decirlo.

Hace años la expresión «¡Bendición, Padre!», ¡que Dios te bendiga!» era, para mí, una mera fórmula de saludo. Hoy, porque en muchas personas he visto una petición sincera que brota de su fe, doy la bendición deseando que Dios les bendiga. Especialmente con los niños, me gusta pedirle a Dios que los bendiga. Son momentos de sana ternura.

Hace unos meses celebré los 50 años de vida religiosa. En la Misa, la gente con mucha intuición, colocó un gran letrero a los lados del Cristo que preside la Iglesia: «Dios modeló tu corazón y vio que era bueno». Reconozco, es verdad. Pero completo, me ha modelado a través de la gente.

* Jesuita, párroco en el Barrio Vella Vista de San Félix (Edo. Bolívar)